



F. S. GUTIERREZ

IMPRESIONES
DE VIAJE

TOMO II

Vol. 3

E168

G87

t.2

v.3



1020000733



103167

E168

E87

t.2

v.3

Puerto Príncipe, Agosto 22 de 1873.

QUERIDA MARIA:

Hace diez días que salí de Nueva York, y el tiempo que nos ha hecho en el mar ha estado bonancible; ayer á las diez de la mañana el vapor atracó á este puerto, salí á conocer la poblacion, y hoy, despues de haber vuelto de un segundo paseo á un bosque situado á la orilla izquierda de la bahía, tomo la pluma para contarte lo poco que he visto.

Puerto Príncipe es la capital de Haiti, que hace pocos años se independió



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

020000 733

de los franceses, cuyo idioma hablan los hijos del país; éstos, casi todos son negros y mulatos, de modo que no se miran en la ciudad, sino los pocos blancos que hacen el comercio de efectos europeos; que en su mayor parte son alemanes, franceses y algunos pocos americanos.

El aspecto de la población es bien triste por cierto, porque las casas son bajas y de malísima apariencia, sucias y sin pintar; solamente hay una de altos perteneciente al jefe del país, pero que también no pasa de cualquier cosa.

Todas las tiendas y almacenes tienen las puertas colocadas por la parte de fuera, de manera que abiertas, quedan paralelas á la fachada, y las más forman medio punto por la parte superior.

Por supuesto que la policía de las calles corresponde al aspecto cenizo de las fachadas de las casas: todo el suelo sin empedrar, está lleno de guijarros y basura y por donde quiera se ven puercos y perros.

Yo me divertía grandemente con la

ridícula facha de las negras que en general usan el vestido blanco y con una cola descomunal, que tendrá lo ménos dos varas; ésta se lo toman de la parte delantera, formando unos pliegues escultóricos y la levantan hasta cerca de la rodilla, dejando ver unas pantorrillas escualidas, sin medias y unos piés largos y aplastados, á guisa de soletas, y descalzos.

En la cabeza se ponen un paliacate de cuadros, con la forma de turbante y algunas veces sobre éste, un sombrero gacho de grandes alas que remeda un paraguas.

Muchas negras y negros se ven por las calles montados en burro, llevando ropa á cuestas ú otros objetos; otras, y las más con liós debajo del brazo ó cántaros y canastas sobre la cabeza. El calzado que lleva una que otra, se reduce á chancas, que van arrastrando, ó pantuflas de palo con las que también arman ruido sobre las piedras.

Te diré, que los tipos de los negros de Puerto Príncipe y sus trajes, á pe-

sar de ser sucios y de forma extravagante, me gustan porque tienen mucho de artístico y de clásico.

En mi álbum he consignado porción de figuras y grupos que á la verdad pueden formarse de ellos composiciones de carácter; si yo permaneciera algun tiempo en esta poblacion, emprenderia algunos cuadros de costumbres, que en otros países llamarían la atención por su novedad.

Después de haber recorrido la ciudad, observado los tipos de sus habitantes y tomado apuntes en mi álbum, regresé ayer tarde al vapor, que permanecerá hasta mañana, saliendo para Jamaica.

Hoy en la mañana me divertía con otros compañeros de cubierta, en ver las diversas clases de peces de que abunda esta bahía, especialmente la de una clase extraña que tiene exactamente la forma de una espada griega y con los preciosos colores de la concha; estos peces tendrán de longitud media vara y nadan casi sobre la superficie del agua. Se miran igualmente millones de sardinas en

mangas tan tupidas que forman una masa compacta de alguna extensión, y como una parvada de tordos, por donde se va una, sigue toda la multitud, haciendo figuras agradables que giran ya á una parte, ya á otra, hasta alejarse del vapor ó sumergirse en el fondo.

Hay otros peces que caminan al derredor del buque y que de vez en cuando se les ve huir precipitadamente á la vista de un enemigo formidable: es el tiburón, que unas veces nada majestuosamente á flor de agua, asomando la aleta del lomo, como un abanico plumizo y describiendo curvas ó rectas, y otras se le ve á cuatro ó seis metros debajo de la superficie, probablemente buscando algun pececillo, que devorar. Una vez hemos visto á este monstruo lanzarse hasta mas de un metro de altura sobre la superficie, en persecucion de un pescado, que ignoramos si lo cazó, porque el turbion de agua que formaron los dos, nos impidió ver el fin de la lucha: el caso es que abundan en aquel lugar los tiburones y rara vez pasa me-

dia hora sin dejar de ver alguno. Si por una desgracia cayese algun desgraciado marinero ó pasajero al agua, encontraria su sepulcro inmediatamente en el estómago de una de esas fieras, cuyas mandíbulas están armadas de dos filas de dientes acerados, que además de tener éstos un corte oblicuo en la punta, tienen en el filo una especie de sierra que con un mordisco del animal sería capaz de cortar la cabeza ó una pierna de la víctima que cayera en sus garras.

A la hora del almuerzo se le ocurrió al capitán del vapor pescar uno de estos tiburones, y no habiendo un anzuelo á propósito, el herrero del buque tomó un trozo de varilla de fierro como de tres cuartas; le hizo punta y atando este anzuelo improvisado al extremo de un cable, clavando en aquella un pedazo de carne, lo arrojó al agua como á tres brazas de profundidad.

Otros dos compañeros y yo nos quedamos de guardia esperando el resulta-

do le la pesca, mientras el capitán y los demás pasajeros iban á almorzar.

No habian pasado diez minutos, cuando el tiron que el tiburón dió del cable, conmovió fuertemente la varilla de fierro donde estaba atado: corremos á ver lo que habia sucedido con el anzuelo y vemos prendido en él al monstruo, abriendo una boca tremenda.

Comenzamos á tirar hácia arriba la cuerda con el tiburón, hasta hacerlo salir cerca del pecho sobre la superficie del agua; pero siendo enorme el animal, no pudimos hacerlo salir mas; entonces comenzamos á dar voces y acuden en tropel el capitán y algunos pasajeros con el bocado en la boca, llenos de emocion así como nosotros, y cada cual se arroja sobre la cuerda para subir el monstruo; y ya sea el movimiento por la agitacion en que estábamos, ó que el fierro no tenia las condiciones de un anzuelo por esa espiga que tiene en la punta y sirve para atorar, el caso fué que se safó de las fauces del tiburón y

éste huyó para el fondo, dejándonos burlados.

Fué esto para todos, y especialmente para mí, un contratiempo, porque habíamos consentido en ver sobre cubierta un animal de proporciones gigantescas, vivo, y dando saltos enormes.

A las doce del día se me ocurrió dar un paseo al bosque inmediato que queda hácia el Sur, é invitando á tres compañeros, tomamos uno de los botes del vapor que guiado por un marinero y por mí que llebaba el timon, nos puso en un cuarto de hora en tierra.

Acto continuo, comenzamos á hacer nuestra excursion, caminando para el centro de las arboledas que, unidas á lo fragoso del terreno, á los peñascos y á las cañadas con algunos arroyos que conducian aguas trasparentes, daban al conjunto un aspecto agreste y salvaje. Para completar el cuadro de una naturaleza primitiva, se veian de trecho en trecho lavando y bañándose, á algunas negras jóvenes, que no esquivándose de nuestra presencia, seguian en su tarea

y nosotros deteniéndonos á pocos pasos de las segundas, admirábamos sus bellísimas formas de ébano, que parecia que acaban de salir del cincel de Fídias y de Praxiteles; porque has de saber, que las negras en general, tienen una estatura perfecta, con cintura y cuello elegantes y el pecho labrado á torno, así como los hombres una musculacion hercúlea y que parecen mas bien estatuas dignas del cincel de los escultores de la antigua Grecia.

Seguimos caminando al interior y mas salvaje se nos presentaba el paisaje, presentándose á nuestros ojos con esa majestad que debe rodear á los bosques seculares que no han sido hollados jamás por la planta dei hombre.

Embebidos íbamos todos mirando los grandes peñascos que parecian desprenderse de las inmediatas alturas, alternando la agreste y espesa vegetacion que brotaba de sus ábras ó los colosales árboles que parecian tocar á las nubes, cuando el marinero que marchaba como á diez pasos de nosotros, vuel-

ve la cabeza hácia atrás y á poco me dice con una mirada espantada: «vea usted lo que viene á su espalda:» vuelvo el rostro inmediatamente y ¡qué veo! á una enorme culebra que me seguía con rapidez, arrastrándose en ondulaciones convulsivas.

Al ver yo al reptil, di unos pasos atrás y tomo un guijarro que le lanzo, pero que no le dió; entónces la culebra, que era de un color rojizo y como de un metro de largo, tuerce la dirección y sigue violenta á ocultarse en un espeso matorral que allí habia inmediato.

Todos quedamos espantados del acontecimiento y admirados al considerar la confianza ciega de las mujeres y hombres de Puerto Príncipe, en ir á lavar y á bañarse á aquellas cañadas del bosque, atestadas probablemente de reptiles y otros insectos venenosos. ¿Pero, qué mas? en aquella soledad habia algunos habitantes cuyas casitas de paja se veían de trecho en trecho metidas entre la hojarasca y que probablemente serían visitadas periódicamente por al-

gunos de aquellos vichos y alguna que otra ocasion por los tigres y los leopardos.

¿Cómo hay gentes, decíamos, que vivan en los desiertos, casi en consorcio con las fieras y los reptiles? . . . ya se vé, añadíamos, son tan salvajes como ellas y la naturaleza ó la inteligencia del hombre, aún en ese estado, se sobrepone á los irracionales y los domina.

Como eran ya cerca de las tres de la tarde, tratamos de retirarnos del bosque algo amedrentados por el suceso de la culebra y receloso al ir andando sobre la yerba, de que saliera algun otro animal que nos atacara.

Llegamos á la orilla donde habíamos dejado la lancha y notamos que el mar estaba ya un poco picado; esto no dejó de sobresaltarnos algo, porque podíamos zozobra y servir de pasto á los tiburones que tanto abundan en esos lugares; por lo que dimos prisa á nuestro marinero para que nos hiciera llegar al buque lo mas presto posible.

Larga se nos hizo la legua que dis-
tábamos del vapor, porque el viento
aumentaba por grados y las olas levanta-
ban alto nuestro bote, temiendo noso-
tros que ántes de llegar quedaríamos se-
pultados en ellas.

En fin, amiga mia, me voy á descansar
y despues que pasemos de Jamaica,
para donde salimos esta tarde, conti-
nuaré el relato de mis impresiones.

Adios.

Colombia, 25 de Octubre de 1873.

AMIGA MIA:

El domingo 21 del pasado llegué á
Bogotá despues de algunos dias de na-
vegacion, viniendo de Nueva York en
los últimos dias del mes de Agosto; los
compañeros de viaje anunciaron desde
cubierta que estaban á la vista las cos-
tas de Colombia; en efecto, éstas se di-
bujaban por las alturas de las montañas
de Sierra Nevada, apareciendo más
tardé sobre el mar una zona amarillen-
ta de Este á Oeste hácia el Sur: eran
las aguas del caudaloso Magdalena que